



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

**Copyright © de los textos:** cada uno de sus autores

**Copyright © de las fotografías:**

-Nacho Samper, ( mi retrato) pag 9

-José Manuel (Bing) Abel, pag 250-251

-Albert Santamaria: pags 9 (azoteas Pushkar), 11, 12, 14, 15, 16, 18, 19, 20, 21, 23, 25, 27, 28, 30, 31, 33, 34, 36, 37, 38, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48-49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 59, 60, 61, 62-63, 64, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 79, 80-81, 82-83, 84, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 98-99, 100, 103, 105, 106, 107, 109, 110, 112, 114, 116-117, 118, 119, 121, 122-123, 125, 126, 127, 128, 129, 132-133, 135, 136, 137, 138, 140, 142, 146, 147, 148, 149, 150-151, 152, 153, 154, 157, 158, 161, 162, 163, 164, 166, 167, 168, 170, 174, 185, 186, 188-189, 190, 191, 192-193, 194, 195, 196-198, 199, 201, 202, 203, 205, 206, 208-209, 210, 211, 213, 214, 215, 216, 217, 218-219, 222, 225, 226, 233, 236, 260

-Christián Carles-Tolrá, Pag 10

**Concepto, diseño y maquetación:** Maya Rolando

**Coordinación:** Carmen Galofré, Alvaro Fontanals y Maya Rolando

**Diseño de cubierta:** Maya Rolando, Mandaruixa Design

ISBN: 978-84-08-17219-2

D.L: B.5.083-2017

**Impresión:** Novaera

Diciembre de 2017

**Mi primer agradecimiento** va hacia Manuel Ruiz Ortega, artista, pintor y grandísimo Maestro por su sabia enseñanza, su ejemplo y amistad. Por haber tenido la suerte de que guaira mis inicios como pintora.

Un especialísimo agradecimiento a Christián Carles-Tolrá y Alvaro Fontanals, por impulsar y hacer que este libro fuera posible.

También a mi buena amiga Sylvia Benet por su generosa ayuda para que este libro pueda ver la luz.

Quiero agradecer especialmente a Borja Folch su paciencia y cariño en la comprensión de mi proceso creativo. Por haberlo sabido reflejar de forma amena y sentida en su texto principal, "*Sublimar la emoción*".

Mi más sentido y profundo agradecimiento a Maya Rolando, también por su paciencia, profesionalidad, implicación, amistad, afinada sensibilidad, mimo y creatividad en el diseño y maquetación del libro.

También un profundo agradecimiento a cada una de las personas que habeis participado con vuestros sentidos textos, gracias por vuestras palabras que me conmueven profundamente y recibo como un regalo:

A Javier Nieto, (Fundador y Presidente de Santa & Cole, Doctor en Administración y dirección de Empresas, y profesor en ESADE), Christián Carles-Tolrá, Marta Maragall (galerista, Sala Parés), José Rovira Reyes (amigo de Facebook), Raimón Avila (escritor y poeta), Mercedes Durban (Art dealer), Nuria Arfa (promotora artística, artista poliédrica: escultura, pintura, collages...), Nina Masó ( Interiorista y diseñadora, Co-fundadora de Santa & Cole), Carmen Pujol Usandizaga (escritora, poeta), Patrick Domken (comerciante de Arte, galería Patrick Domken en Cadaqués), Jaime de Cordoba (escultor y profesor en la Facultad de Bellas Artes), Feliciano Marín (amigo de Facebook), Anna Sabaté (Actriz de Teatro y directora de Teatre y conciencia),

También a Jaume Socias Palau, Periodista y Crítico de Arte, por el texto que escribió en la revista de Arte Goya, con motivo de una exposición en Sala Parés, en 1994.

Y por último a Novaera por su mimo y profesionalidad.

**Y mi agradecimiento a los autores de los ocho textos del final del libro:**

-Vanessa Branson, Art dealer, comisario y coleccionista de Arte. Fundó la Vanessa Devereux Gallery (1986-1991) en Londres (donde expuso a importantes artistas emergentes en aquel momento, entre ellos a William Kendridge). Fundadora y Presidente de la bienal de arte de Marrakech

-Bernard Benbasat, al que considero un gran Artista de la gastronomía. Cocinero y asesor culinario.

-Joan Antón Maragall, Presidente de Art Barcelona. Director de Sala Parés y trama. Art dealer.

-Vicenç Altaior, Poeta, ensayista, traductor de teatro, Crítico de Arte, Articulista de opinión y agitador cultural.

-Jordi Isern, Pintor y gran artista.

-Florence Devereux, Artista; combina escultura, fotografía, performances. Comisaria de Arte y Astróloga.

-Rafael Santos Torruella (1914-2002). Crítico de Arte, traductor, poeta y dibujante. Texto publicado en el periódico ABC de las Artes en 1991, sobre una exposición en Sala Vayreda.

-LÀltrange, Crítico de Arte. Profesor de historia del Arte y de Arte contemporáneo.

A mis padres, por ser el mejor referente,  
por haber sabido amarse, amarnos y amar la vida,  
por su incondicional apoyo siempre  
y en todo momento.

A Cristián, mi mejor amigo,  
ameno compañero de viaje y el amor de mi vida.

A Ana, Camila, Salva, Álvaro,  
Pablo, Julia, Álvaro Jr. y Micaela,  
que alegran y enriquecen mi vida recordándome  
a diario lo que es esencial y más importante.

JAVIER NIETO SANTA

# SOBRE LA PINTURA DE CARMEN

15 de septiembre 2016

Sigo con admiración la pintura de Carmen Galofré desde hace más de treinta años. He visto por tanto sus brahmanes y bereberes, sus individuos y grupos, pinedas y marinas, estrechos pasillos y enormes planetas, vasos y libros, sus músicos. Carmen pinta con los ojos de un espíritu limpio y justo, y cuanto muestra es más digno y esencial que la propia realidad que enfrenta. Una pintura que canta con luz y trazo a lo más íntimo de la humanidad entera. Sin asperezas, sin crítica, sin daño. Sólo la buena energía de una mujer enamorada de la vida, palpito a palpito. Polícroma. Como nos gustaría siempre que fuese el mundo, en paz. La pintura de Carmen Galofré es la paz que se abre a todos.

BORJA FOLCH

# SUBLI- MAR LA EMOCIÓN

## PLANO DE SITUACIÓN

El siglo XX fue rico en sucesivas vanguardias y el arte contemporáneo acabó padeciendo una especie de hartazgo de ismos postmodernos. Por regla general, estos se adscribían a los postulados del arte conceptual, en el que el planteamiento teórico de la obra es más importante que su representación plástica. Las consecuencias más obvias de este fenómeno han sido la proliferación de corrientes artísticas de diverso signo y la supremacía de los principios conceptualistas en los estamentos que dirigen el mundo del arte. En buena medida, instituciones y museos, galeristas y marchantes e incluso escuelas universitarias se han dejado subyugar por el dictado de un mercado que sólo considera contemporáneo el arte conceptual.

La buena noticia es que en medio de este bati-burrillo sigue floreciendo una estirpe de artistas plásticos que defienden sin empacho su derecho a crear según su propio criterio. A veces denostados, a menudo ignorados, libran una batalla incesante para dar lo mejor de sí mismos aun sabiéndose inmersos en un entorno hostil. Renuncian a etiquetas clasificadoras, practican estilos distintos pero todos ellos comparten el compromiso con lo más íntimo de su fuero interno, y su obra responde, aunque suene trillado, a una necesidad personal de expresarse.

Entre estos quijotes del arte actual es donde encontramos a Carmen Galofré. Una pintora de rebosante vitalidad que desde pequeña supo que quería pintar, pues la pintura le proporcionaba un refugio desde el que afrontar la vida. Gracias a un espíritu generoso, exigente y entregado ha alcanzado la

plenitud, tendiendo un puente entre la tradición y la contemporaneidad. Lejos de apoltronarse en esta posición que le ha dado la experiencia, sigue manteniendo la misma pasión por aprender y expresarse a través de sus cuadros.

La obra de Galofré es arte por encima de cualquier estereotipo. En ella conviven la figuración y la abstracción. Sus cuadros demuestran que en la creación pictórica no existe por fuerza un divorcio entre lo figurativo y lo abstracto. Estas dos vertientes en apariencia antagónicas quedan unidas gracias a su afán de fundir los opuestos, y afirma que ambos son interdependientes, no excluyentes. Su pintura va más allá de la mera representación de personas, objetos o paisajes. El dominio del oficio le permite una mayor libertad de expresión, y su estilo no es en absoluto convencional sino valiente y muy personal. Honesta consigo misma, valora la autenticidad, el que su arte esté de acuerdo con su idiosincrasia, no que sus cuadros entren en el circuito del *establishment* artístico.

La recompensa que da sentido a su trabajo es conectar con el público, emocionarlo, pero lo que busca ante todo es expresar, desde la contemplación silenciosa, aquello que nunca podría manifestar con palabras.

## ¡LUZ, MÁS LUZ!

Esta exclamación atribuida a Goethe sintetizó su vida entera, que quedó sublimada en la imagen de una búsqueda, de una luz anhelada y perseguida, sinónimo de sabiduría. En su obra, Carmen Galofré también busca y persigue una luz, su propia luz, no solo la luz como agente físico que hace visi-



bles las cosas, no solo como el punto desde donde se iluminan y alumbran la historia y los objetos pintados en un lienzo sino como una claridad de la mente que, en su caso, es fruto de una constante labor de autoconocimiento y de su creciente *joie de vivre*. ¡Luz, más luz! Luz solar no descompuesta en los varios colores del espectro. Luz blanca.

Manchas blancas casi cubistas que se nos echan encima como si quisieran desprenderse de la tela, que más que profundidad dan relieve a los paisajes urbanos. Brillos blancos que atribuyen volumen a la transparencia del vidrio, que de pronto parece vibrar. Tonos blancos que nunca son un solo blanco puesto que Galofré tiene el don de percibir todos los tonos de este “no color” y materializarlos de manera magistral.

El sol que cae en picado a mediodía es agresivo, nos lleva a entornar los ojos. Carmen casi nunca pinta a esa hora. Prefiere la intensa belleza de los colores que aparecen al atardecer, diluyendo lo disonante y anecdótico, realzando los volúmenes y las sombras. Este juego de luz y penumbra lo vemos plasmado en refulgentes desiertos inundados de tórridos resplandores, en mares de terrados bajo un cielo de intenso azul.

La paleta de Galofré es armónica y muy colorativa por su riqueza en tonalidades. Tiende a matizar mucho los colores, que rara vez son puros. Cuando va incorporando los que salen de los tubos encuentra muy rápida e instintivamente los tonos que le permiten expresar lo que en verdad la conmueve: la atmósfera de un momento y un lugar más que el color específico de cada una de las partes. Así es como convierte el paisaje o cualquier escena en un microcosmos cohesionado y acorde



con su sensibilidad. Sabedora de que los colores dialogan entre sí, que se definen con respecto a los que los rodean y que cambian con la luz, los combina hasta lograr esa cualidad intangible que emanan su telas, y lo hace dejándose guiar por la intuición.

Carmen deja que el color se exprese. Mostrando un gran amor por todo lo que ve, funciona como un radar que va cribando sin tregua las señales cromáticas que recibe hasta encontrar las que dan expresión pictórica a su sentir. Con su racimo de pinceles en la mano izquierda mezcla ágilmente los óleos, y hasta la música que hacen los mangos al entrechocar se integra en el acto de pintar.

Ese ritmo en la creación de su paleta lo reencontramos en sus trazos valientes, seguros y bien visibles, a veces delicadamente sutiles. Un ritmo quizá más audaz y vibrante, más sincopado en los paisajes naturales, en las vistas de azoteas y en los grupos humanos que en la mayoría de interiores y conjuntos de objetos. Al percibir el gesto de la artista intuimos, como notas en un pentagrama, las pinceladas. Hay partes de un mismo cuadro que se muestran más vigorosas y partes más acompasadas, como con pausas sonoras. Algunos cuadros resultan sosegados, más reflexivos, y otros revelan una ejecución más fluida y visceral.



En cualquier caso, el ritmo nunca va en detrimento del orden compositivo. El equilibrio que rezuman sus obras salta a la vista incluso cuando lo arriesga. Cuando empieza un cuadro tiene la composición clara desde el principio, una composición ordenada que transmite euritmia y que, sin embargo, no coarta su libertad. Galofré nunca dibuja previamente pues a su juicio el dibujo previo condiciona. Ordena mentalmente los elementos y distribuye los pesos para armar un espacio compositivo equilibrado sin líneas que dibujen o marquen contornos. El dibujo lo tiene en la cabeza y va tanteando, bosquejando con trazos los espacios entre las cosas, el diálogo entre los distintos elementos, y así, de lo general, de la masa caótica, la forma va apareciendo sola, como por arte de magia. Magia que obedece a su fascinación por el juego de la luz y la sombra en el espacio. Este es uno de los rasgos de su modernidad. En su pertinaz redescubrimiento de lo visible confiesa que “muchas veces me siento como un canal, como si no fuera yo la que pinto, y me sorprende con lo que va apareciendo en el lienzo”.

Una labor preliminar a la que Carmen dedica largas horas es la preparación de los fondos, aplicando algunas veces hasta tres y cuatro capas de óleo

o distintos materiales. Suele tener muchos a punto para poder escoger el más idóneo en cada ocasión. Sean más cálidos o más fríos, más dominantes e intensos o más neutros le permiten una mayor espontaneidad, sugerir sin insistir. Propician distintos juegos cromáticos dado que varían el punto de partida, y se integran en la obra final como si de una pintura al fresco se tratase.

Estos elaborados fondos a menudo no llegan del todo al borde de la tela y dejan entrever las sucesivas capas, aportando al cuadro una vibración especial. Juegan textural y cromáticamente sin cerrar el espacio de representación, dejándolo abierto, inacabado, focalizándonos en la pintura como tal, no como algo descriptivo, realista sino poniendo énfasis en que lo que vemos pintado pertenece a otro mundo, a una idealización. El efecto resultante nos lleva lejos o nos reconecta con lo más íntimo de nuestro ser.

Armada con los útiles de su oficio, Carmen contempla serena lo que se dispone a pintar, incluso hace unos minutos de meditación para acallar su mente, dejar para luego las ideas y ser permeable a la emoción que le causa lo que está percibiendo. Esa es su mayor motivación, traducir lo que percibe a luces, sombras, texturas, color... convertir en gesto su visión. Aprovecha cualquier tema o circunstancia que la conmueva para que el alma, la suya fundida con la de la persona, paisaje, objeto o espacio a pintar se manifieste, se haga visible.

Los cuadros de Carmen tienen un marcado componente intimista. Recogen escenas de la vida cotidiana, personas de su entorno habitual o con las que se topa durante sus viajes, pero además reflejan su propia intimidad, contagian al espectador

su fascinación por lo que le conmueve. Por eso el sinfín de lienzos que Carmen tiene en domicilios particulares participan de la vida de quienes los han adquirido. Con un Galofré en la pared ya no estamos sentados frente a una pared; sus obras la agujerean y nos abren ventanas a la imaginación, a la naturaleza, a nosotros mismos.

Oímos el murmullo acallado de la urbe desde una azotea, el rumor de la brisa en el trigal, el frufrú de esa cortina junto al balcón abierto. La espuma de las olas rompe en la arena y nos humedece la cara, la sequedad infinita del desierto nos provoca sed. Las callejuelas de Marrakech huelen a especias y albero, el puerto de Essaouira, a salitre, algas y brea. La obra de Galofré apela a la emoción, suscita sentimientos, despierta la intuición. Quien la contempla la percibe no solo con la vista, también con el resto de los sentidos.

La clave del lenguaje pictórico de Carmen radica en su profundo trabajo en torno a la percepción. Al observar el mundo prioriza la emoción como detonante de la creación. Esto no significa que no tenga en mente una intención cuando se dispone a pintar; la tiene bien presente, solo que no se ciñe a ella durante el acto creativo. Será después, ante la



obra terminada, cuando conceptualice y asuma el resultado. Este proceso enriquece su bagaje artístico y, por medio de la intuición, nutrirá sus obras posteriores.

Siempre atenta a lo que sucede a su alrededor, cuando algo la conmueve piensa en términos pictóricos la sensación mental de lo que percibe. Es un proceso silencioso donde no tienen cabida las palabras, un acto creativo fruto de un estado de contemplación, que finalmente se traduce en una imagen. Mientras la artista la va fijando, esa imagen pasa por el filtro de su mundo interior, su experiencia y su estado de ánimo. Por tanto, una vez que la vierte sobre el lienzo, devolviéndola a la realidad física del color y la forma, esa visión se expresa con toda su carga anímica.

## NATURALEZAS HUMANAS

Entregada a pintar del natural, a Carmen le motiva especialmente la gente, el ser humano y su psicología, y disfruta dibujando y pintando a personas. Una disciplina muy característica de su obra y en la que a todas luces destaca es el retrato de grupos, como músicos o cocineros. Personajes a los que pinta mientras ejercen su arte o que, como en el caso de los actores, realizan sus ensayos. Confluyen aquí dos elementos: el anhelo de fusionar expresiones artísticas diferentes y el de captar la efímera sutileza de lo que acontece a su alrededor. La mueven su curiosidad insaciable, sus enormes ganas de aprender, de buscar un modo de comunicación que la aproxime al prójimo sin el menor atisbo de intromisión. Igual que cuando retrata a personajes que encuentra durante sus viajes, tie-

ne la virtud de transmitir una sincera empatía a los sujetos pintados y, en consecuencia, estos se relajan y dejan de sentirse observados, dejan de ser modelos.

Cuando Carmen está enfrascada pintando con público es como si este no existiera o estuviera en otro plano de realidad, formando parte de la atmósfera. Con su consabida discreción, se integra en el espectáculo, por ejemplo musical, y los espectadores pueden ver cómo surge en el lienzo la versión pictórica de lo que están presenciando. Entonces fascinan la prontitud de su trazo, la celeridad con que capta un instante sublime de la actuación, que resume el rasgo distintivo de quienes están en escena. Las pinceladas se suceden deprisa porque lo más importante es plasmar el movimiento de las figuras, captar el alma del momento. Se trata de un ejercicio de abstracción, con pocos elementos que explican la totalidad. Si nos acercamos mucho al lienzo veremos manchas de color vigorosas en diálogo entre sí y con el fondo, no detalles descritos con precisión.

Carmen pinta a sus personajes contagiada del ritmo de lo que están haciendo, se abstrae y comparte con ellos un mismo momento creativo. Aunque un profano pueda pensar que han sido pintados por separado los vemos surgir a la vez, y al contemplarlos se aprecia que están bailando al unísono, en un movimiento coreográfico que jamás sucedió pero que Galofré ha sabido componer, impregnándolo de veracidad.

Una versión todavía más fidedigna de la verdad es la que confiere tanta elocuencia y viveza a sus retratos de individuos. Los semblantes nos dicen cosas muy hondas gracias al modo en que Carmen





capta la expresión del rostro. La artista saca a la luz lo invisible y es como si los personajes nos contaran su historia. Se adivinan atributos no evidentes, y esto ocurre tanto si se trata de alguien a quien ha conocido por casualidad como de alguien que forme parte de su entorno más cotidiano.

Los desnudos de mujeres jóvenes y bellas, en la edad de oro, nos muestran a la Carmen más platónica tanto en factura visual como en concepto. Idealiza cuerpos sin rostro de los que se infieren expresiones, cuyas meras posturas emiten actitudes que aluden al arquetipo femenino vinculado a la fertilidad, a la creación, a las diosas-venus de la antigüedad.

Su interpretación del desnudo femenino nos recuerda que nuestra herencia es el sustrato imprescindible para estar conectados con la esencia de la creación artística. Que si no se reconoce nuestra tradición como origen, no puede haber verdadera originalidad.

## INTRAMUROS

Una constante en la carrera de Galofré son sus cuadros de interiores. Dentro de esas habitaciones en penumbra la luz solar ha ido ganando terreno y protagonismo a lo largo del camino. Esta metamorfosis nos habla de cambios ocurridos en el mundo interior de la artista, de una transición de las tinieblas a la luz, un mundo de paisajes íntimos al que regresa periódicamente para ir entretejiendo el hilo conductor de su evolución personal. Un lugar donde se solaza en el recogimiento y la introspección, donde restablece el contacto con su impulso original de pintar.



Al principio sus espacios interiores denotaban oscuridad en pleno día; ganaban las sombras. Desde esas sombras se asomaba al mundo, anhelando la luz con todo su ser. Estos espacios vienen a ser una especie de autorretratos psicológicos. A través de ellos podemos intuir la evolución interior de la artista desde la cárcel psicológica de antaño hasta la creciente luz actual. Por ello en sus espacios interiores la oscuridad la percibimos detrás de nosotros y, por tanto, de la artista. Cada vez hay más claridad en la estancia, y en el contraluz las sombras se dirigen hacia el espectador, indicando la dirección hacia la luz, sugiriendo un paralelismo con el desarrollo personal de la pintora. Todo desarrollo psicológico guarda relación con el trabajo con las sombras, con el subconsciente... y esa sombra que se dirige al espectador nos recuerda que para acceder a la luz debemos franquear nuestra propia sombra, atravesarla. No hay luz sin sombra.

En este universo íntimo Galofré ha batallado contra la angustia existencial que acaso ensombreció su sosiego en la juventud. Con el paso de los años la pintura de Carmen se ha ido acercando a la luz y ha creado paisajes interiores no solo en sentido literal sino también figurado.

Los espacios vacíos pintados en tonos entre los que predominaban azules y grises nos hablaban de soledad, incluso de tristeza, de ese encuentro de la pintora consigo misma en el que retornaban recuerdos de una infancia transcurrida en viviendas extensas, alejada del mundo de los adultos. Eran espacios que evocaban ausencias de personas y presencias de fantasmas. Carmen era entonces una niña espontánea y alegre, un espíritu libre, más visionario que sensato, que no encajaba del todo en los moldes al uso. Dotada de nacimiento para

el dibujo y la pintura, se sirvió de su talento para levantar el andamiaje desde el cual configurar la construcción de su universo particular, tanto psicológico como artístico.

Corriendo parejas con su evolución personal, esos lugares vacíos y un tanto desvaídos, tristes y quizá inhóspitos, que invitan a que uno se asome a su propio abismo vital, cobraron paulatinamente un colorido más vivo, predominando tonos mucho más cálidos, pasando del frío al calor, al tiempo que fueron ocupados por indicios de otras presencias. Colorido que alcanza niveles de idealización cuando constatamos cómo cambia y se enriquece en distintos cuadros de un mismo tema o lugar. Indicios que dan a entender que ahí hay vida, alguien que acaba de irse o que no tardará en regresar. Acaso se trate de la propia pintora, más alegre o serena, más en paz con sus entrañas.

Mesas con vasos medio llenos, escritorios con libros abiertos, consolas con jarrones de flores que se van marchitando... Rastros de vida, al fin y al cabo, que conforman una interesante mezcla de habitaciones y composiciones de objetos combinados con concierto.

Galofré no pinta los elementos de una composición de manera estática sino que su mirada va barriendo ese microcosmos, captando los matices que les insuflan movimiento, incluso aliento. En estas obras Carmen suma al dominio de la atmósfera y del color una gran aptitud para transmitir el material del que están hechos los objetos. Sin hacerlo ex profeso, logra que el espectador intuya de inmediato si son de cerámica o de porcelana, si la cubierta de un libro es de cuero o de cartón, y esto es consecuencia de su capacidad para des-



prenderse de la materia, así como de su innato dominio de las texturas, en el que sobresale el tratamiento del cristal.

Aquí la paradoja es que Carmen no pinta el cristal sino que se remite a lo que le es esencial: la transparencia, el brillo de los reflejos, el tenue juego de sombras que proyecta a su alrededor. Casi diríamos que el cristal no está pero que, no obstante, lo estamos viendo. Efecto visual de altísima calidad que reitera de nuevo que lo pintado no intenta reproducir lo que entendemos por realidad sino la imagen impresa en la mente de la artista.

Esta síntesis nos lleva de vuelta a los paisajes interiores en sentido figurado. La Galofré filósofa afirma que las personas vivimos una realidad interna, lo que nos pasa por dentro, que a menudo consideramos ajena a la realidad externa, lo que vemos fuera, nuestros semejantes, lo otro. Sostiene que aunque tengamos la sensación de que lo exterior nos afecta pero que no tiene que ver con nosotros, la verdad es que todo ocurre en nuestro interior, en nuestra pantalla mental, en nuestra psique. Así pues, dos ámbitos que parecen separados, no lo

están. Y lo resume así: “No hay interior sin exterior, no hay exterior sin interior. Son dos caras de lo mismo. Hay un afuera que percibo y si no lo percibo, no existe en mi realidad. Mi visión de lo exterior no deja de ser una proyección”. La frontera que para la mayoría separa interior de exterior es para ella transparente o casi inexistente. Por eso las pinturas de Carmen siempre nos ofrecen paisajes interiores.

Paisajes interiores que no son solo suyos puesto que podemos identificarnos con ellos, reinterpretarlos como momentos de quietud y de paz; paisajes que nos invitan a la introspección, a meditar, al silencio. De hecho los utiliza como excusa para expresar algo mucho más profundo, la felicidad que se consigue cuando somos capaces de apreciar los pequeños detalles de las cosas.

¿Por qué resultan tan atractivos si no las minúsculas notas de color disonantes? Quizá porque al llamar nuestra atención sobre los pormenores del lienzo consigue que penetremos con mayor profundidad en lo que nos está mostrando. Estos detalles en los que la artista ha hecho hincapié envuelven el cuadro con un velo de humanidad que quita aspereza a situaciones que tal vez no eran tan agradables en la cruda realidad. Sirvan de ejemplo esos indios que están lavándose en un estanque; en el fondo ahí hay pobreza, hay trabajo duro y adversidades, pero al entrar en ese mundo advertimos que lo estamos juzgando desde el nuestro, que la vida de esas gentes es tan plena como la de cualquiera y rebosa contento, incluso alegría. Estamos de nuevo ante una idealización, la representación de lo que Carmen, al vivir de cerca esa realidad con sus protagonistas, ha sabido ver como ellos.

Tanto así que esa afinidad deviene un tema universal, pues desde el momento en que Galofré plasma un instante también nos habla del transcurso del tiempo. Cuestiona la noción del tiempo, haciéndonos ver que es ilusorio. Nos dice a la vez que el tiempo corre y también que cada segundo es eterno.

## UNA COSMOGONÍA PARTICULAR

Hubo un alto, una crisis personal, y Galofré se detuvo a analizarla a fin de retomar su pintura con el candor y la mirada limpia de la infancia. Empezó un viaje interior, un viaje hacia el origen de su pintura que le permitiera asumir y revisar su madurez artística. Nunca sabremos en qué reflexiones y debates se sumió, pero ese fue el inicio de una serie de cuadros que representan esferas, astros. Sí sabemos que fue una niña fascinada por las estrellas y que de la mano de su abuelo aprendió a identificar las luces de la bóveda celeste. Años después se interesó por la astrología y ahora conversa con los astros como lo hacía en la niñez, interrogándolos e interrogándose acerca de la vida y el arte. Cabe deducir que buena parte de ese viaje interior le ha dado respuestas importantes que ha ido intuyendo, palpando, mientras trabajaba en esas esferas de apariencia sencilla pero colmadas de tácita sapiencia.

Carmen volvió a sus primeros cuadros, a sus espacios interiores, en una revisión tamizada por sus conocimientos de astrología y psicología, y así constató la coherencia de su obra con su propia existencia. Miró directamente dentro de sí misma, reparando en los posos que la experiencia había

dejado en su alma. Trasladó al lienzo lo que estaba visualizando en su psique y al final todo quedó concentrado en una esfera, un sol, un planeta, un todo que resume el meollo de esa etapa tan íntima y personal. Sus astros representan la energía, el origen de la existencia y enlazan intelectualmente con esa búsqueda de unidad, de síntesis, de equilibrio que reconcilia los opuestos, intrínsecos a la obra de Galofré. En el círculo conviven el microcosmos de la experiencia subjetiva y el macrocosmos de los astros en el universo, permitiéndole alinear mente y emoción y dar forma a la imagen que la envuelve al meditar.

Desde el punto de vista de la ejecución, estas obras también mantienen una asombrosa coherencia con su trayectoria pictórica. Ya hemos comentado que Galofré pinta de lo general a lo particular, tanteando espacios y volúmenes que van dando forma a paisajes, objetos y retratos, centrándose en lo que para ella es esencial para que en el cuadro se manifieste la vida. Siempre busca la profundidad, el alma de las cosas, lo que está más allá de lo evidente. Técnicamente sigue siendo la misma Carmen, acaso más concienzuda, con infinitas capas de colores muy elaborados y sutiles texturas que incitan a una reflexión contemplativa.

De esta línea de trabajo en la que Galofré sigue profundizando se ha derivado una nueva actitud con la que acomete sus pinturas de un tiempo a esta parte. Estamos asistiendo al florecimiento de una vía paralela que en última instancia denota una mayor necesidad de libertad.

Estas esferas sintetizan lo que expresa el resto de su obra, una idea de unidad que trasciende la forma, que desmonta el antagonismo entre figuración

y abstracción. Más allá de la temática, todos sus cuadros profundizan en el juego de las luces y las sombras en el espacio, en el uso del color para generar atmósferas. Su visión desapegada da lugar a fronteras libres, a límites indefinidos que convierten forma y fondo en un mismo ente en el que prima el palpito del microcosmos personal, interior, inspirado por el macrocosmos del conjunto general. Paradoja que resumió Oscar Wilde al sentenciar que “en arte, una verdad es aquello cuya contradicción también es verdadera”.

Las diversas vertientes de la obra de Galofré constituyen un ejercicio de provocación. La serenidad y equilibrio de sus paisajes y composiciones, la profundidad humana de sus interiores y retratos suelen causar un flechazo, un amor a primera vista, pero también pueden motivar un rechazo instintivo, como a la defensiva, porque nos da vértigo lo que atisbamos en el espejo que nos pone delante. Y es que la pintora ha ido depurando hasta tal punto su desarrollo artístico y personal que nosotros, meros espectadores, o bien nos rendimos ante la belleza que nos muestra o bien nos sentimos puestos en evidencia al advertir que no nos detenemos a reparar en ella. Si el primer supuesto se traduce en una suerte de identificación con la obra, dejando que nos conmueva sin restricciones esa luz que contagia armonía, el segundo nos vincula con la rebeldía de la artista y su notable exigencia consigo misma para sublimar emociones.





AUTORRETRATO  
óleo / cartón  
110cm x 87cm  
2013

“Hacer presente  
la eternidad, eternizar  
lo presente.”

CARMEN GALOFRÉ